

Si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan  
Y á algunos el lograrlos les hiela el corazón.

Esa gentil zagala que en los peñascos mora,  
Al hombre como al niño produce igual placer;  
En tanto que es de barro, se llama la pastora;  
Después que alienta y vive, se llama la mujer.

Y ese portal que habita la Majestad Suprema,  
Ni cambia ni se olvida sin dar en el error,  
Porque es el misterioso consolador emblema  
De un Dios que el mundo entero redime con su amor.

¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos  
Oculte á vuestros ojos la tentación y el mal;  
Que siempre vuestra estrella, como á los Reyes  
[Magos,

Os muestre llana y fácil la senda del Portal!

## DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

---

### Á ZOILO

Ya que una hacer no sabes redondilla  
(Transposición se llama esta farfulla),  
De los censores métete en la bulla;  
Ladra y muerde por diez: ¡ancha es Castilla!

Hurta á los albañiles la esportilla  
Y ripios caza y críticas aulla;  
Á Homero tunde; á Pindaro apabulla.  
¡Si eso es más fácil que comer papilla!

Y aunque digas *descolla* por *descuella*  
Y *asole* por *asuele*, que en tu cholla  
Gramáticas jamás hicieron mella,

Te harás temer, conquistarás bambolla  
Y, de camino, la oriental paella,  
El pote celta ó la andaluza olla.

### Á VELARDE

Manda á coger coquinas á las musas,  
Velarde amigo, y á Esculapio torna;



Que ni aquí ni en el ripio de Liorna  
Son más que unas histéricas ilusas.

Rompe cítaras, plectros, cornamusas:  
Gloria sin pan te aflata, aunque te adorna.  
Toma el pulso, sé médico y, con sorna,  
Dí que á la fama póstuma rehusas.

Sé rico y obtendrás mil parabienes  
Que sólo otorga el mundo á bolsas llenas.  
Tienes inspiración, pero ¡qué tienes!...

Numerosa familia, diez mil penas,  
Alma noble, dos ternos, pocos bienes,  
Muchos *Mecomes* y ningún *Mecenas*.

#### REMEMBRANZA

Entonces, cuando era mía,  
Las flores ¡cuán gratamente  
Perfumaban el ambiente  
Allí donde andar solía!

¡Con qué plácida armonía  
Cantaba la alada gente!  
¡Cómo la luna esplendente  
Al ver su faz sonreía!

Muertos aquellos amores  
Tan dichosos, tan suaves,  
Fenecida mi fortuna,

Ni aromas tienen las flores,  
Ni dulces trinos las aves,  
Ni claro esplendor la luna.

#### DULCE TIRANO

Malo tan de remate es el chiquillo,  
Que al lado Atila pareciera un santo;  
Llora y manda; un sultán no puede tanto.  
¡Cómo se impone el dictador Pepillo!

Sobre la alfombra siéntase el muy pillo  
Y libros que del padre son encanto  
Abiertos ruedan... ¡Todo antes que el llanto  
De sus negros ojazos nuble el brillo!

Roto el caballo de cartón, cabalga  
En el *Digestum Vetus*... Cosas feas  
Va á sufrir Justiniano; ¡Dios le valga!

¡Quién duda, al ver del chico las peleas,  
Que *Don Quijote* malferido salga...?  
¡Bálsamo en él, y tú, bendito seas!

#### LA RASTRA

Juan sin carácter, Juana sin conciencia,  
Ambos pobres y enfermo el triste anciano,  
Á cuestras Juan, un día de verano,  
De un hospital llevóle á la clemencia.

En el camino, falto de paciencia,  
Soltó la carga y murmuró inhumano:  
—«Y ¡cómo pesa este costal de grano!»  
Y gritó el viejo:—«¡Oh santa Providencia!  
»¡Eso, eso mismo aquí tu padre dijo  
»Llevando al suyo al hospital... ¡Severo,  
»Justo Dios, no por mí, por Juan me afijol!»



—«¡Padre—exclamó llorando el jornalero:—  
»Vuelve, vuelve á la casa de tu hijo,  
»Que esta rastra maldita cortar quiero!»

¡AY DE MÍ!

¡Ay de mí, que me abrasa y me sofoca  
Perpetua sed y en heredad vecina  
Miro brotar el agua cristalina  
Que nunca, nunca, gustará mi boca!  
¡Ay de mí, que padezco un ansia loca  
Que á escalar mundos célicos me inclina  
Y, encadenado á roca diamantina,  
Lucho despedazándome en la roca!  
¡Ay de mí, que en la lóbrega negrura,  
Sima insondable del destino fiero,  
Ni una esperanza efimera fulgura!  
¡Ay de mí, que mi amor en un lucero  
Puse y él brilla espléndido en la altura  
Y no sabe que vivo ni que muero!

Á MANUEL REINA

Á conocerte vengo, que admirarte  
Cosa es añeja en mí: tus versos de oro  
Y el de tu inspiración rico tesoro  
Á tenerme cautivo fueron parte.  
Vengo á más: porque ansio preguntarte  
Dó está la fuente de raudal sonoro  
Con cuya linfa el apolíneo coro,

En señal de su amor, suele brindarte.  
Pues tu bondad á tu saber ignala,  
Dime dónde hallar puede tu poesía  
Los aromas suavísimos que exhala.  
Dime, en fin, por qué oculta hechicería  
Fulgura en tus estrofas, por más gala,  
El espléndido sol de Andalucía.



DON LUIS MONTOTO

JUAN SEGADOR

I

Abandonó su morada  
El misero segador.  
En busca va del sustento  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.  
Atrás deja pueblo y casa,  
Y en la casa el corazón,  
Porque á su esposa y sus hijos  
Todo entero lo entregó.  
Descalzo de pies y piernas  
Al hombro lleva la hoz;  
Por sombrero un pañizuelo,  
Una rama por bastón;  
Por toda vianda un pan  
Que mal el horno coció,  
Y por ropa sucio lienzo,  
De la miseria girón.

— 167 —

Para acortar la jornada,  
Deja el camino mejor,  
Y toma por el atajo  
Que sólo el ave cruzó,  
Y trepa el áspero monte,  
Ó sube al escueto alcor,  
O el ancho río vadea,  
Ó al valle baja veloz.  
Leguas y leguas camina  
Bajo los rayos del sol,  
Mal comiendo sin pararse  
Y bebiendo en el pilón  
En que el vaquero solícito  
Á la vacada abrevó.  
Sólo le salen al paso  
Algún perro ladrador,  
Alguna res escapada  
Del estrecho tinahon,  
Y alguna liebre que burla  
Al astuto cazador.  
De noche extiende el hatillo  
Que le sirve de colchón,  
Sobre el polvo calcinado  
Que con sus plantas holló,  
Y se duerme hasta que apunta  
De otro día el resplandor,  
Oyendo de la corneja  
La melancólica voz,  
El triste canto del grillo,  
De las mieses trovador,  
El balido de la oveja  
Que del aprisco saltó.



El ladrido del alano,  
Del cortijo celador,  
Y el estentóreo rebuzno  
Del ardiente garañón.  
Sigue andando, sigue andando  
El misero segador.  
En busca va del sustento  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.

II

Al término del viaje  
Tras largos días llegó.  
Aquel es del caserío  
El grietado paredón.  
Á un lado la gañanía,  
Á otro el hato del pastor,  
Y más allá las zahurdas  
Donde duermen en montón,  
Y encenagados, los cerdos  
Que la codicia cebó.  
Las gallinas revoltosas  
Escarban en el montón  
De estiércol, cacareando  
La que del nido salió.  
Del corral sobre las bardas,  
Cual magnífico señor,  
El pavo real ostenta  
De su pluma el tornasol.

Los zuritos y palomas,  
Como compacto turbión,  
Revolotean en torno  
Del alegre mirador.  
Arrastrando el corvo arado  
Y uncidos de dos en dos,  
Vuelven los bueyes, rendidos  
Por la diurna labor.  
Bebe la ahita vacada  
En el extenso pilón;  
Y el chiquichanca descincha  
El asno en que cabalgó.  
Retornan las semilleras  
Al viento dando su voz,  
Y entonando melancólica  
Y apasionada canción;  
Y en el limpio azul del cielo  
Vierte pálido fulgor  
El lucero vespertino  
Que provoca á la oración.  
¡Mañana será otro día  
Para el pobre segador!  
Mañana hallará el sustento,  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.

III

Allá van los segadores  
Apenas amaneció.



Descalzos de pies y piernas;  
Al hombro llevan la hoz.  
¡Qué trigos! ¡Si cada espiga  
De granos tiene un millón!  
¡Qué pajas! ¡Ni las de antaño!  
¡Esta es la gracia de Dios!

IV

¡Cuál enciende el sol de Julio  
En la andaluza región!  
El aire que se respira  
Tiene del horno el calor.  
Apenas corren las fuentes;  
La laguna se secó...  
Cardos y espinas doquiera...  
¡Quién se acuerda de la flor!  
La cabeza bajo el ala,  
El pájaro se durmió;  
Late el alano, buscando  
De las aguas el frescor;  
Zumban el tábano ronco  
Y el oscuro moscardón;  
Alza su cabeza chata  
El lagarto tricolor,  
Y se oye el seco ruido  
De la tajadora hoz,  
Y el crujir de las espigas,  
Y el latir del segador.  
—¡Ah, cobardes! ¡Pobres bueyes!  
—¡La carreta se atascó!

—Á segar la otra besana.  
—¡Jesús me valga! ¡Favor!  
—Llevad á ese hombre al cortijo.  
¡Más gavillas al montón!  
—¡Agua! ¡Viento! ¡No respira!  
—¡Desgraciado! ¡Se asfixió!  
—¡Está muerto! ¡Cada espiga  
De granos tiene un millón!  
¡Qué pajas! ¡Ni las de antaño!  
¡Esta es la gracia de Dios!

V

¿Por qué lloras, pobre madre,  
En tu olvidado rincón?  
¿Acaso en el pan que comes  
Ves la sangre que vertió,  
Y con la sangre su vida,  
El misero segador  
Que fué en busca del sustento,  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor?

LA MEJOR CORONA

Leves hilos de blanca ceniza  
Que enredados bajáis á mi frente,  
Á decirme tal vez que el incendio  
Apaga su lumbre, que el fuego es ya nieve:



¡Yo os bendigo! La llama extinguida,  
Sofocado el rigor de la hoguera,  
Ni las chispas deslumbran mis ojos,  
Ni el fuego me abrasa, ni el humo me ciega.

Yo os bendigo, cabellos nevados,  
Ayer rubios cual ascuas ardientes,  
Viva imagen de plácidos sueños  
Que dan en cenizas, que es dar en la muerte.

¡Yo os bendigo! Pasaron las horas  
De amorosos anhelos que matan;  
Esas horas de eternas angustias,  
De eternas vigiliias, de eternas veladas.

Yo os bendigo, cabellos nevados  
Cual espuma que arroja á la arena  
El hirviente, revuelto oleaje  
Del mar de la vida, del mar de las penas.

Ya no anhelo vivir de ilusiones,  
De esperanzas, de ardientes deseos,  
Ni en la cárcel morir de unos labios,  
Cual todo el que funde su ser en un beso.

Ya no busco el laurel de la gloria,  
Que el espíritu débil ansiaba;  
El laurel que no crece en la vida  
Y brota en la tumba y extiende sus ramas.

Ya no elevo la altiva cabeza  
Aspirando á tocar en la altura:  
Pongo atenta la vista en el suelo;  
La tierra me llama, mis ojos la buscan.

Ya no anhelo el aplauso ruidoso  
Que pretenden los hombres sin calma,  
Don al vulgo ignorante pedido,  
Rumor de los vientos sonando en las cañas.

Yo os bendigo, cabellos nevados  
Que adornáis mi doliente cabeza.  
¡Vale más la corona de canas  
Que la áurea corona que esmaltan las perlas.

---



## DON LUIS HERRERA

---

En la muerte del Emmo. Cardenal

### FRAY ZEFERINO GONZÁLEZ

No le lloréis; que para siempre vive.  
Vive en eterna luz de ciencia pura,  
Vive en piélago inmenso de ventura,  
Do el justo premio del Señor recibe.  
Del mundo la grandeza  
Fué ante sus ojos de valor mezquino;  
Su alma aspiraba á la sublime alteza  
Del Ser Eterno, del saber divino;  
Sol de lumbre y de vida,  
La niebla disipó de los errores,  
Mostrando con brillantes resplandores  
De la verdad la esencia bendecida.  
Él penetró el arcano  
Del divino saber en su alto vuelo,  
Y reveló al humano  
La ciencia augusta, que aprendió del cielo.  
Él de la vida recorrió la senda  
Asceta y sabio Cardenal y mártir,

Y su mérito altísimo pregona  
La fama por doquier de zona á zona.  
Que el eco de incesantes bendiciones  
Con que Iberia con férvido ardimiento  
Su gloria insigne y su bondad aclama,  
Y el poder de su claro entendimiento,  
Repiten las regiones  
Do fulgura la luz del pensamiento.

Así su nombre esclarecido brilla  
En el grandioso libro de la Historia;  
Y con los lauros de inmarchita gloria  
Legarán sin mancilla  
Los siglos á los siglos su memoria.

Mas ¡ah! pobre grandeza  
Ante la gloria augusta,  
Ante la dicha que jamás perece;  
Gloria y dicha sin fin al alma justa,  
Que vive en Dios, y en las virtudes crece.  
Vedle á su Dios en caridad unido,  
Víctima ante las aras ofrecida  
Por el amor y la piedad cristiana,  
En los albores de inocente vida.  
Y vedle presto en juventud lozana  
Con bríos sobrehumanos  
Despreciar mundanales ambiciones,  
Y el sórdido bramar de las pasiones,  
Por el bien de sus míseros hermanos.  
De pobre celda, con sayal humilde,  
Hijo ferviente de Guzmán se aleja;  
La Patria amada y los paternos lares  
Por climas ignorados  
En alas de la Fe, gozoso deja;



Y al través de los mares  
Con generoso afán busca su alma  
La del martirio venturosa palma.

Mas dióle en sus designios venerandos  
La santa inexcrutable Providencia  
Por martirio la cátedra sagrada,  
Y allí su vigorosa inteligencia  
Por Sacrosanto Numen inspirada,  
Hizo irradiar las luces de la ciencia.  
De aquella ciencia de poder divino,  
Que labró con fulgores eternos  
Espléndida corona,  
Al Aguila de Hipona  
Y al santo y sabio Serafín de Aquino.

Y si la excelsa mitra venerada  
Ciñó su noble frente,  
Y la gloriosa púrpura sagrada  
El humilde sayal cubrió esplendente,  
Él de Osio el grande, de Isidoro el sabio,  
De Ildefonso divino  
Siguió las huellas en mortal camino.  
Él fué luz á la humana inteligencia,  
Y en caridad ardiente  
Fué doquier á la misera indigencia  
De consuelo y amor copiosa fuente.

Espíritu gigante  
Para el estudio y la oración nacido,  
Vivió en la tierra, y conversó en el cielo;  
Y en su férvido anhelo  
Por el silencio y la quietud querida,  
El fausto y pompa y mundanal ruido  
En la afanosa lucha de la vida,

Y hasta la excelsa dignidad preciada,  
Dió por siempre al olvido  
Por el retiro y soledad ansiada.

Cumplió en la tierra su misión bendita:  
Y siervo fiel, al gozo perdurable  
Fué por el ángel del Señor llamado.  
Y en penitente solitario asilo,  
Su espíritu inmortal purificado  
Por las torturas de martirio lento  
Y la sangre del Verbo redentora,  
Rompe el estrecho calabozo obscuro  
De la humana materia pecadora  
Entre dolores de mortal quebranto,  
Y raudo vuela al inmortal seguro,  
Al ósculo de Dios eterno y santo.



DON JUAN F. MUÑOZ PABON

LA PROMETIDA DEL MÁRTIR

Alma Erycina, de la espuma egéa  
Nacida al riego de la sangre urania,  
De pecho blando cual plumón de cisne,  
Ciprida Venus.

La que á su carro por cuadriga unciera  
Blancas palomas de perpetuo arrullo,  
Del grácil Eros y del sacro Himene  
Madre fecunda.

Tú, que á los vientos la dorada crencha  
Y el pie de rosa por los duros riscos,  
Lloraste á mares la del tierno Adonis  
Trágica muerte.

Tú, cuyo pecho desconoce el odio,  
Tú, que de amores y de penas sabes,  
Acoge el llanto que en tus aras vierte  
Púdica virgen.

Cabal trasunto del crinado Apolo,  
Doncel ibero me incendió en amores,  
Y ardo en sus llamas, cuál ni ardió por Fáon  
Safo de Lesbos.

Eran las nonas del Abril florido;  
Hora, la siesta; y el lugar, la gruta  
Do quema incieusos á tu angusto numen  
Tibur proclive.

La alegre Flora, cual vestal dormida,  
Del rubio Cintio despertaba al beso.  
Flor era el soto y cada oliente rama,  
Nido de amores.

Todo era vida. Hasta la muerta roca  
De verdes musgos se adornaba el dorso,  
Cual la bacante que á su espalda tiende  
Piel de pantera.

Negras esclavas de contornos griegos  
Tu altar ceñían de laurel y rosas,  
Plácida ofrenda que, al cumplir tres lustros,  
Quise ofrecerte.

Para adornarlo de violetas blancas,  
Menos fragantes que tu fresca boca,  
Yo estaba hinchiendo en la parlera fuente  
Múrrino vaso.

Cuando, sencillo cual pastor arcade  
Y al par hermoso cual Narciso heleno,  
Tímido púber se acercó y me dijo:

—¿Quieres que beba?

—Bebe, extranjero, y que contigo vayan  
El ledio Cástor y el gemelo Pólux.

—Bajo sus alas el Señor te guarde,  
Cándida niña.—

Bebió, Ciprina; mas bebió ponzoña,  
Según me dijo al devolverme el vaso.  
Probé dudosa, y, al tocar el borde,  
Vi que era cierto.



¿Qué ignoto numen en la clara linfa  
Puso aquel filtro, cuánto dulce, amargo?  
¿Fué el tiranuelo, que de Marte hubiste,  
Niño con alas?

Miróme ardiente, le miré sumisa  
Y almas trocamos con mirar apenas,  
Como en los verdes mitilenos campos  
Dafnis y Cloe.

Con voz más dulce que la miel de Himeto,  
Me habló de amores que por siempre duran  
Allende el tiempo y el de negras ondas  
Cócito odioso.

—Tal es, oh virgen, (murmuró temblando)  
Si no lo esquivas, el que ofrezco darte.  
Quiéreme y demos al Señor del orbe  
Santa progenie.—

Etna mi pecho, mis mejillas grana,  
Trémula y muda de placer divino,  
Nada le dije; mas mi tierno llanto  
Dijolo todo.

Besó la fimbria de mi leve estola,  
Blanca violeta se guardó en el seno,  
Siguió su ruta y, al primer recodo,  
Dió un beso al aire.

Va para un año de tan dulce idilio:  
Y hora que Himene á confundirnos iba,  
Como en un lago su raudal confunden  
Dos arroyuelos,

Cual si Mercurio, inexorable á votos,  
Le hubiese herido con su horrenda vara  
Y unido al flébil escuadrón que rige,  
Déjame y huye.

Salgo á buscarle y, tras andar en vano  
Por foro y termas desalada y loca,  
Dicenme ¡ay triste! que en la infanda cárcel  
Gime precito.

Doy al cerbero comatoria aguja  
De margaritas que envidiara el César.  
Entro en la cárcel y cantando versos  
Oígolo absorta.

—Lesbia, (me dice) por mi fe proscrito,  
Del circo Flavio bajaré á la arena,  
Bodas de sangre á celebrar con fiero  
Tigre de Hircania.

La sangre moza que en mis venas arde  
Pideme á voces que apostate y huya.  
Pánico horrible ante la muerte siento.  
¡Amo la vida!

Mas Dios lo quiere, y bienestar y amores  
Y sangre y vida inmolaré en sus aras;  
Que, flaco y débil, en su gracia espero...  
¡Vete, infelice!—

Dijo: y, posando la tremante boca  
Sobre mi frente, murmuró una frase.  
Besóme luego y, al volverse, vide  
Que iba llorando...

¿Qué Dios es éste, tan de entrañas duras,  
Que tan horrendos sacrificios pide?...  
¡Menos airadas é implacables fueran  
Furias del Orco!

¡Trocar en hielo con tan fina amante,  
Al que al esclavo compadece y ama,  
Besa al mendigo y en el hosco Escita  
Mira un hermano?



Nefando rito, que el amor inmola,  
Secta maldita, que atormenta y mata  
¡Húndate airado el del tonante Jove

Rayo tremendo!

Piedad, Idalia, de la pobre virgen  
Que ingratitudes y desdenes llora,  
Como en la tiria abandonada margen

Misera Dido.

Que el sacro Himene las heridas cure  
Que hizonos Eros con su aguda flecha.  
¡Duélate, Diosa del amor, mi triste

Tálamo intacto!

Piedad, ¡oh Venus! y recibe en voto  
Dos tiernos cisnes de curvado cuello,  
Como las cumbres del Pelión nevadas,  
Blancos de plumas.

Pero devuelve á mis amantes brazos  
El bien perdido que estrechar anhelan:  
Diosa, que rindes á las fieras hidras,  
¡Tócale al alma!

Deje esa secta, de torturas germen;  
Niegue á ese Cristo de extranjero origen;  
Torne á la vida, y al amor cantemos  
Himno perenne.

Mas no. Prefiero á que cobarde viva,  
Que heroico luche y destrozado muera.  
¡Ay no! que viva, aunque.. ¡Dilema horrendo:  
Muerte ó perjurio!...

Pues bien; que muera: correré su suerte.  
Juntos crucemos la fatal Estigia.  
No adulterada de Catón la sangre  
Bulle en mis venas.

De un mismo tigre la rabiosa zarpa  
Dos almas una en insoluble lazo...  
¡La vida es breve y el amor, eterno!  
¡¡Paso á la mártir!!